

lacionan íntimamente con esta raza, de la cual han conservado todos los caracteres osteológicos, y aun cierto parecido en las costumbres.—Por lo que mira á las razas mesaticéfalas y más ó menos braquicéfalas de las cuencas de París y del Lesse, se han reconocido sus evidentes huellas en muchas poblaciones bastante alejadas de los lugares en que fueron descubiertos sus restos fósiles. El tipo mesaticéfalo de Bélgica ha sido hallado en las sepulturas neolíticas de Baillargues (Hérault) y de Lombrives (Ariege). El tipo subbraquicéfalo fué descubierto, en condiciones análogas, cerca de Verdún, en Meudón, en los Hautes-Bornes, etc. Ambos están reunidos en las sepulturas neolíticas del Marne, reaparecen en tumbas más recientes, y *tienen muchos representantes en las poblaciones belgas actuales*. Este es un hecho en el cual han estado unánimemente de acuerdo los miembros del Congreso de Bruselas, y que yo he podido comprobar, quizá mejor, examinando las mujeres que se hallan en el mercado de Anvers.—La raza de Grenelle atravesó, lo mismo que las precedentes, todos los tiempos que nos separan de la época cuaternaria. La colección de cráneos parisienses, reunida en el Museo, atestigua que aquella ha permanecido en su puesto, sobre todo entre las mujeres de la clase obrera. Esta raza se relaciona además, por numerosos caracteres, con un grupo de poblaciones que el señor

Hamy y yo hemos llamado *Laponoides*, y que se sabe están agrupadas ó diseminadas en el tiempo y en el espacio, desde la Laponia hasta nuestros Alpes del Delfinado.—En fin, la misma raza de la Truchere, de la cual no se conoce más que un cráneo fósil, está representada en el osario neolítico del señor Baye por una cabeza tan limpiamente caracterizada como la misma pieza típica... A medida que el clima, la fauna, la flora cambiaban en su alrededor, el hombre cuaternario modificaba, conforme á la necesidad, su régimen, sus hábitos y su género de vida. Se mezclaba con las tribus neolíticas, como en el Petit-Morin y en el Hombre Muerto, ó bien les tomaba sus industrias, como en la gruta Duruthy, y construía él mismo también dólmenes, como en el alto Lozere.»

Vemos pues que, si se exceptúa la raza de Canstadt, todas las demás paleolíticas han contado con numerosos representantes hasta nuestros mismos días. Y es cosa bien digna de consideración que la que primero apareció después del diluvio sea precisamente una de las que, al parecer, se han conservado mejor. «La raza de Cro-Magnón, dice el ilustre Coll y Astrell (1), que en el orden cronológico sigue inmediata á la de Canstadt, y que el racionalismo se empeña en darle una antigüedad superior al período errático ó glacial,

(1) *La Ciencia Médico-Escolástica*, núm. 6.

cuenta igualmente con representantes numerosos en Francia, en Bélgica, en Holanda, en España, en Tunez, en Argel, en Marruecos, y no ya sólo los procedentes de sepulturas neolíticas que figuran en los Museos..., si que también numerosísimos descubiertos en sepulcros modernos: en términos que según Verneau (1), era muy común en París en el siglo V de nuestra era cristiana.—En las provincias bascas y en los Pirineos, el tipo de Cro-Magnón ha existido hasta nuestros días. Los huesos recogidos por Broca y Velasco en Zarauz, aunque en opinión de Hamy puedan remontarse á la época de la Vezere, son en realidad muy posteriores á la dominación romana.»

Otro tanto debe decirse de casi todos los otros numerosos cráneos del mismo tipo, hallados en España, pues si se exceptúa el de la caverna de Baza, descrito por Góngora (2), todos los otros se cree ya que pertenecen á una época muy moderna.

Todas las razas perseveran, repetimos, y sólo la de Canstadt es la que no persevera. Esta se halla completamente extinguida; ni un solo resto suyo ha podido hallarse en toda la época magdaleniana, y otro tanto sucede en la neolítica. Hallamos numerosísimos per-

(1) *Revue d'Anthropologie*, 1886, p. 11, y *Cranes modernes du type de Cro-Magnon*, en el *Bull. Soc. Anthropol.* 2.^a série, tom. XI, 1876.

(2) *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, p. 114.

tenecientes á esta última, de tantas suertes de hombres, como durante ella y la precedente habían penetrado en Europa: sólo los primitivos moradores han sido por completo borrados de la faz de la tierra. ¿Qué le ha pasado á aquella raza degradada, y que antes de la edad del reno era tan numerosa? Hubo una inundación universal, y quedó de repente exterminada (1). *Cuando se depositaba el loes, ya no había hombres en Europa, que estaba casi toda recubierta por las aguas* (2).

(1) El Sr. Cartailhac, al terminar el cap. V de su obra, *La France Préhistorique*, intitulado *Ossements humains dans les alluvions*, dice estas singulares palabras, que no sabemos como caracterizarlas: «Estos muertos no nos enseñan nada acerca de los vivos, y sería apelar demasiado á la imaginación el inquietarse por las causas que los han llevado á en medio de los depósitos donde los encontramos, semejantes, en general, á los producidos por las inundaciones.» Debemos añadir, y el mismo autor lo reconoce, que todos los restos humanos hallados en yacimientos intactos y evidentemente anteriores á la edad del reno, pertenecen á la raza de Canstadt. Esta aparece pues extinguida por una gran inundación. ¡Qué lección tan grande y tan compendiosa nos da! ¡Cuánto nos dicen estos muertos acerca de aquellos vivos que se hicieron dignos de un castigo tan terrible! Por lo demás, estábamos muy persuadidos de que preocuparse con las causas de los fenómenos é investigarlas era el nobilísimo oficio del filósofo, que sabe raciocinar ó usar bien de la razón; por lo visto, para el Sr. Cartailhac, raciocinar es imaginar; no es extraño, pues los *raciocinios* de nuestros *racionalistas*, las más de las veces son verdaderos *delirios*.

¡Hasta qué punto pueden obsecarse aun las más claras inteligencias de los llamados justamente *libre-pensadores*, por no querer obedecer á las leyes del pensamiento y haber sacudido el yugo de la lógica!

(2) Cottean, *Le Préhistorique*, p. 112.

La Geología nos muestra esa inundación universal y la consiguiente interrupción en las faunas; la Arqueología, una completa laguna en las industrias; y, por fin, la Antropología, el exterminio de una raza numerosa, que fué más tarde sustituida por otras más privilegiadas. ¡Cuántos testimonios en favor del diluvio bíblico!

ARTÍCULO III.

EL DILUVIO UNIVERSAL DERRAMA COPIOSA LUZ SOBRE LA ANTROPOLOGÍA Y LA PREHISTORIA.—SE ACABA DE COMPROBAR, HASTA LA EVIDENCIA, LA COMPLETA EXTINCIÓN DE LA RAZA DE CANSTADT.

Esa inexplicable ausencia de la raza de Canstadt y de toda traza de su industria, durante las épocas magdaleniana y neolítica, ha pasado casi enteramente inadvertida hasta ahora, porque nadie se ha fijado en la incalculable trascendencia de este hecho notabilísimo, ó porque no era fácil deslindarlo en medio de la confusión que reina en las ciencias antropológicas. Pero mirada la cuestión á la luz del diluvio universal, cuya existencia, anterior á la edad del reno, dejamos de-

mostrada, por razones geológicas las más evidentes, desaparece la confusión, las tinieblas se desvanecen y la claridad todo lo inunda. Y es porque el diluvio universal es el gran monumento, que, á manera de faro colosal, se eleva en medio del período cuaternario para esclarecerlo todo y recordar á la humanidad las verdades que más le interesaran y enseñarle los caminos de la vida. Si ese faro queda cubierto de la espesa niebla de la ignorancia, del olvido ó de la duda, todo el período cuaternario queda á oscuras y la humanidad rodeada de confusión. Que desaparezcan aquellas nieblas, y entonces todo se verá claro, cual la luz del medio día.

Habíamos probado ya cómo esa teoría del diluvio universal, tal cual la dejamos expuesta, derrama copiosísima claridad sobre las más delicadas cuestiones geológicas de este período; y ahora acabamos de ver cómo las ciencias prehistóricas quedan también mediante ella maravillosamente iluminadas. Las dudas se desvanecen, la confusión se disipa, los hechos se ven ya claros y deslindados, y la verdad, por fin, campea. Hablamos confiados y resueltos, porque la experiencia misma nos está dictando las palabras. Cuando empezábamos á dedicarnos á las mencionadas ciencias, nos parecía imposible que de ellas pudiéramos sacar en limpio ni aun siquiera una sola verdad. Tal es la incertidumbre, la vacilación, la duda, la ignorancia, que entre

los prehistoriadores se muestra, que esas ciencias no parecen otra cosa que un tejido incoherente de opiniones contradictorias. Lo que uno niega, otro lo afirma; lo que uno reconoce como el mayor absurdo, otro lo asienta como verdad inconcusa. Es la mayor de las casualidades que dos sabios acierten á ver de la misma manera un solo hecho, porque no hay afirmación que no tenga cien negaciones en contra. Basta abrir las actas de cualquiera de los Congresos prehistóricos, para ver á cada paso á todos sus miembros en completa divergencia.

Por eso al querer hallar en la Arqueología y la Antropología hechos segurísimos é incontrovertibles para confrontarlos y ver su absoluta conformidad con nuestra teoría del diluvio, de la misma manera que habíamos confrontado los del orden geológico, nos hallamos atados completamente, pues faltaban aquí esos hechos, faltaba el primer término de la comparación. Y no nos costó poco trabajo deslindar algunos, en que van conviniendo los principales sabios, y que por otras razones nos han parecido seguros y ciertos, llamados á ser en breve casi universalmente admitidos. Los hemos tomado, en su mayoría, del eminente Quatrefages, quien ha sabido establecer cierto orden relativo, en medio de la confusión reinante, y muchas de cuyas opiniones comienzan á imponerse al espíritu de nuestros sabios. Otros los hemos tomado de

la opinión que logró dominar en los Congresos.

Todos esos hechos son pocos, pero muy fundamentales y seguros, pues no podrán ya ser combatidos con ninguna razón sólida.

Y todos ellos nos conducen al diluvio universal, porque fuera de él no tienen explicación.

No nos preocuparemos pues ahora de ciertas opiniones aisladas, que contra un partidario, cuentan con mil adversarios; combatirlas, sería perder el tiempo.

Todo lo que la ciencia afirma ya de una manera tan clara, que la mayoría de los sabios más competentes lo admite sin el menor género de duda; todo lo que, en una palabra, tiene demostrado, ó esté próxima á demostrarlo, halla en nuestra teoría la más fácil explicación, y no puede explicarse fuera de ella.

Por eso desde el momento en que la hemos concebido, se nos desvanecieron todas las mayores dificultades que se hallan en la Prehistoria. Lo que antes nos parecía un enigma, se nos presentó después como la cosa más natural; y hasta nos maravillamos de no haber caído antes en la cuenta de una verdad tan sencilla. Y al ver ahora la vacilación, la duda y la infinita variedad de opiniones que reina entre los arqueólogos y antropólogos, al recordar las interminables disputas que agitaron todos los Congresos, nos parece

imposible que hombres de tan reconocido saber puedan errar de una manera tan lastimosa. Y es, porque si no se admite nuestra teoría, los hechos que con insistencia nos están mostrando los nuevos descubrimientos, parecerán á cualquiera paradójicos, y, á pesar de su evidencia, todos rehusarán admitirlos. Pero la realidad se impone, los hechos fuerzan por fin á que se les reconozca, y entonces he ahí una infinita variedad de teorías, que se empeñarán en explicarlos, cada cual de la manera más gratuita y más violenta. Sólo la teoría verdadera nos puede dar razón de todo, á ella nada se le opone, lo que pareciera dificultad, es cosa natural y sencilla, es una consecuencia lógica y necesaria. Y nosotros hemos probado que la nuestra es la única verdadera: las razones geológicas, que hemos aducido, no pueden ser más terminantes y claras. Por eso admitida ella, todo es orden y armonía, reina la luz y se desvanecen la confusión y las dudas. Hallada la clave, desaparece el enigma. Admitida una inundación universal, antes de la época del reno, como la misma capa de loes nos fuerza á admitirla, vienen por consecuencia forzosa la interrupción de las faunas, la interrupción de las industrias, la interrupción de las razas. Entonces se ve ya claro, y se distingue perfectamente el orden que reina en la aparición y sucesión de las nuevas tribus y sus industrias; entonces tiene razón de ser el relativo esplen-

dor con que empieza la época de la Magdalena, cuya industria no guarda la menor relación con la precedente y la excede de una manera prodigiosa; entonces se ve todo cómo debe ser y es, y nada causa maravilla. Se ve claramente la primera aparición del hombre de Cro-Magnón dentro de la edad del reno; y se acaba uno de persuadir de la completa extinción de la raza de Canstadt, verificada al depositarse el loes.

Esto último, nuestra teoría lo sostiene como consecuencia forzosa, y otro tanto hacen las mismas ciencias geológicas; pero la Prehistoria, aunque lo dice también de una manera bien clara, no merece tanta fe, y algunos se empeñan en no entenderla. Por eso nosotros hemos querido tomar por base á la Geología, que nos ofrece gran seguridad, y sólo á la luz de ella es como nos atrevimos á establecer, como ciertos y científicamente comprobados, algunos hechos prehistóricos. Y uno de los principales es sin duda alguna la completa desaparición de la raza de Canstadt. Claro está que admitido el diluvio, en la época en que lo admitimos, tuvo que desaparecer; también es claro que la Geología nos enseña la prodigiosa inundación, que precedió á la edad del reno, y que mientras, mediante aquella, se iba depositando el loes, no podía haber ya hombres en Europa, y por consiguiente, que la raza de Canstadt, que es anterior á aquella formación, quedó toda sepultada debajo

de las aguas. Pero queremos ahora hacer resaltar la irresistible fuerza con que comprueban la misma vordad otras razones tomadas de la Prehistoria.

Hemos hecho ver hasta la evidencia que cuantas razas aparecieron en Europa desde la época Magdaléniana, todas perseveran hasta nuestros días, y más numerosas de lo que se pudiera pensar.

Pero la única que había aparecido antes es también la única que falta. En vano buscaremos durante la mencionada época el menor vestigio de la raza de Canstadt ó de su grosera industria; en vano lo buscaremos durante la neolítica. Entonces, cuando todas las demás razas se hallaban aún numerosas, en su completa pureza, solamente la anterior, que había campeado sola por toda la Europa, es la que no reaparece ni pura ni mezclada. Ni un sólo resto, verdaderamente auténtico, se nos podrá mostrar de ella. Pues si alguno se le ha atribuído, ha sido con tan poco fundamento, que apenas hay un sabio competente que se atreva á reconocerlo por legítimo. Es cierto que el mismo Quatrefages pretendió reconocer en uno de los cráneos de Castenedolo el tipo de Canstadt, *suavizado en sus caracteres*, y como á aquel, se empeñó en mirarlo como terciario, con tal fundamento quiso hacer remontar á más allá del periodo cuaternario el origen de la raza de Canstadt. Sin embargo, el Sr. Coll y Astrell, afirmaba con

todo eso, que á pesar de no tener del mencionado cráneo más conocimiento que el sugerido por dos fotograbados, le parecían tan suavizados en él los caracteres neanderthalianos, que, lejos de equipararlo á los restos de Canstadt, ni á ningún otro de los varios tipos fósiles, *lo hubiera comparado con millares de cráneos históricos que existen en todos los museos, y siendo muy condescendientes, con los más bellos ejemplares del tipo ariopelago* (1). Y resultó que tenía razón el Sr. Astrell, y que Quatrefages se había equivocado de medio á medio. Se acaba de fallar definitivamente la cuestión del hombre de Castenedolo, y resulta que, lejos de ser terciario, es de una época muy reciente. Aquel yacimiento es una simple sepultura bastante moderna (2).

No hallándose pues ningún resto de la raza de Canstadt, en la edad magdaléniana, ni en la neolítica, mal podrá aparecer en épocas posteriores; pero aún cuando apareciera, no por eso deja de quedar demostrado que se había extinguido por completo en *Europa*.

Mas es el caso que no reaparece, y los mismos que opinan lo contrario nos dan armas para sostener esta verdad. Quatrefages, que es de los más amigos de esa raza, dice que se

(1) *La Ciencia Médico-Escolástica*, núm. 6.

(2) Véase, en el *Bollettino di paletnologia italiana*, la relación de los Sres. sabios Sergi é Issel, comisionados por el gobierno italiano para estudiar la cuestión *in situ*. Véase también la *Revue des questions scientifiques*, Julio de 1890, p. 307.

ha mostrado después en Europa al *estado errático*. ¡Vaya una manera de mostrarse! Como otros Melchisedech, sin genealogía, sin padre ni madre ni parentesco. Cualquier tipo aberrante, que no hallan con quien relacionarlo, lo comparan con la raza de Canstadt, y, á fuerza de buscar analogías, ven visiones como las de Castenedolo. ¿Cuál es el lazo de unión, que liga esos tipos del todo aislados, aberrantes, y hallados al estado errático, con aquella raza antiquísima? «¡Cosa admirable! exclama el mismo Quatrefages (1), ¡los que han presentado mejor esos caracteres han desempeñado un papel muy importante en la historia patria! Basta citar á Bruce, el héroe escocés, y á Kai-Likké, el gentil-hombre danés, cuyo nombre se conserva en diversos cantos populares.» De manera que los hombres más eminentes de Europa son los que más se parecen á aquella raza, la más degradada, cuya industria era tan grosera y tan rudimentaria, que no merece el nombre de tal. ¡Vaya con la analogía que saben hallar nuestros antropólogos!—Y ¿qué había de suceder? El parecido se funda, no en los caracteres esenciales de aquella raza, sino en los teratológicos, que presentaba el cráneo de Neanderthal, y estos, dada la misma causa, pueden aparecer en los tipos más diferentes. Aquel cráneo, con sus caracteres anormales,

(1) *Races humaines*, p. 106.

y que han sido considerados como simianos, presentaba una extraordinaria capacidad; por lo que creen muchos, y con sobrada razón, que debió pertenecer á un individuo, el más inteligente de su raza, y por eso algunos, que actualmente presentan ciertos caracteres neanderthalianos, son, por regla general, hombres de una inteligencia muy superior á la ordinaria.

¿Qué parentesco pueden suponer pues esos rarísimos tipos, del todo aislados, excepcionales y teratológicos, que son los únicos que han podido hallarse en Europa? Pues bien, fuera de ella sucede otro tanto; á pesar de la convicción que muestra acerca de la persistencia de esa raza, el Sr. Quatrefages añade al pasaje ya referido (1): «Con todo ha sido forzoso ir hasta la Australia, para hallar, en una tribu de Adelaida, una *pequeña* aglomeración humana, que se relacione con este tipo por sus caracteres craniológicos.» ¿Y qué relaciones son esas? Él no lo dice (2); será por estar muy firme en la verdad... De todos modos, bien sabemos el valor que pueden tener ciertas semejanzas forzadas, que resultan con frecuencia entre los tipos más opuestos, según el sistema craneométrico que se

(1) *Races humaines*, p. 106.

(2) No hace más que presentar simplemente dos grabados de un cráneo de Australiano, cuyas analogías con la raza de Canstadt, más que forzadas, parecen puramente imaginarias.

haya seguido (1). No basta cualquier relación más o menos aparente para establecer lazos de parentesco; es preciso que todos los caracteres esenciales de la raza perseveren casi íntegros. Y eso no acaece en el presente caso. Es cuanto se le puede ocurrir á un antropólogo, relacionar á algunas grandes emi-

(1) Para que se vea el escaso valor que tienen las afirmaciones categóricas de nuestros más renombrados antropólogos, vamos á transcribir algunas de las curiosas reflexiones que el sabio Sr. Coll y Astrell hacía en *La Ciencia Médico-Escoldástica*, núm. 7: "Haeckel conviene en que son las formas craneanas tan variadas, aun dentro de una misma raza, que en alguna, en la mediterránea, por ejemplo, toman los caracteres más exagerados y opuestos. (*Histoire de la création*, versión de Letourneau, 3.ª edic., p. 595-597). Y desde Haeckel hasta Broca, á quien parece deficiente la dicotomía de Retzius, y desde Broca hasta Quatrefages, que protesta de las tablas de Broca y de Pruner Bey, hánse multiplicado tan extraordinariamente los procedimientos craneométricos, y tan vigorosa ha sido la argumentación de los Mantegazza, Soemmering, d'Arbentón, Ihering, Welker y Virchow, en defensa de la superioridad de sus respectivos propios métodos, que es difícilísimo retener hoy en la memoria todas las operaciones, índices y ángulos ingeniosamente discurrecidos para determinar los caracteres peculiares á cada una de las razas ya antiguas ya modernas. Lo que sí no podemos olvidar es que merced á las arbitrarias clasificaciones inventadas, hombres de indiscutible ciencia, como Broca y Pruner Bey, han debido colocar, so pena de sustraerse á la lógica inflexible de sus propios sistemas, el Tudesco del Sud al lado del Annamita, el Bretón junto al Calmuco, el Belga y el Holandés inmediatos al Tagalog, el Parisien cerca del Malayo, el Bohemio cortiguo al Papúa y el Italiano unido al Mahori de Nueva-Zelandia... De los descubrimientos paleontológicos hechos en diferentes territorios de América por el coronel Jones, por Abbot, Putnam, Carr, Boyd-Dawkins, Whitney, Lewis y Haines, despréndese igualmente que la braquicefalia y la do-

nencias actuales de Europa con una pequeñísima tribu perdida en el Océano y con una raza ínfima, que no ha vuelto á dejar la menor señal de su existencia desde los tiempos paleolíticos más remotos.

Peró sea lo que fuere en otros países, en

licecefalia hánse visto en todos tiempos mezcladas, sin constituir nunca, por sí solas, base firme de especificación. Iguales opuestos caracteres hemos tenido ocasión de comprobar no há mucho en la última Exposición de Filipinas celebrada en Madrid... Dos cabezas nos llamaron extraordinariamente la atención: ambas habían pertenecido á dos tulisanes, Sunga y Zancat, célebres uno y otro por sus inclinaciones bestiales y por los grandes crímenes cometidos, cuyas cabezas se distinguían por una capacidad tan grande que rarisimas veces la alcanzan en las tablas métricas los hombres más doctos de Europa, muy superiores á Bischoff, á Agassiz, á Liebig, á Dupuytren y á Broca. En cambio, entre los ejemplares vivientes que vinieron á la Exposición vimos á los dos simpáticos y malogrados Carolinos Pe-aripis y Dolores Nessern, que acusando una dolicocefalia exagerada, pues el índice cefálico de ambos no excedía de 70, eran considerados como los más inteligentes de la colonia; al paso que un visaya llamado Talandong, extraordinariamente braquicéfalo, de un índice tan excepcional que alcanzó el número 98, no dió muestras más que de una rudimental cultura. Esos datos revelan con toda claridad cuán deleznable son todas las teorías inventadas hasta el día para deslindar el campo etnológico protohistórico ó actual con esas fronteras morfológicas que separan la braquicefalia y la dolicocefalia, el prognatismo, el eurignatismo y el ortognatismo, la leptorrinia, la mesorrinia y la platirrinia. Persuadido de cuán imaginarias son esas fronteras, un antropólogo, nada sospechoso á nuestros adversarios, Kollmann, en el Congreso celebrado en 1880 por la Sociedad antropológica de Alemania, llamó muy particularmente la atención de sus compañeros acerca de lo defectuoso y lo expuesto que es el método de determinar el carácter étnico de un pueblo por la mensuración craneana. Las obser-

Europa, forzoso es reconocerlo, la raza de Canstadt quedó enteramente extinguida, y esa extinción supone un hecho maravilloso, y esto nos basta.

vaciones de Kollmann, no sólo no fueron rechazadas, sino que encontraron gran eco en la mayoría de los congregados. Según Lebón, entre los hijos de Paris mismo se observan tipos tan extraordinariamente diversos en la forma y volumen del cráneo, que el peso del cerebro acusa diferencias de 900 à 1.700 gramos. La dolicocefalia, que es entre las particularidades craneanas la que se considera como más próxima à la peculiar de las especies simianas, es señalada por varios etnólogos como característica de pueblos históricos muy civilizados... En cuanto al prognatismo, bastará decir que el mismo Pruner Bey reconoce que el Negro, el Hotentote, el Australiano, no nacen con particularidad, en términos que trasladados antes de la época de la pubertad à otros países, el prognatismo no se desarrolla. Y por si esto fuera poco, conviene añadir que el adelanto ó retardo de las sinostosis de las suturas craneanas influyen grandemente en las formas definitivas de la cabeza.»

Véase sobre lo aquí expuesto à Pruner Bey, *Mémoire sur les negres*, en las *Mémoires de la Société d'anthropologie*, t. I, p. 327; Lortet, *Revue Anthropologique*, 1885, p. 323; Ubaghs, *L'Age et l'homme préhistoriques*, etc; Baudon, *Notice sur un cimetière franc découvert à Augi*, en las *Mémoires de la Société académique de l' Oise*, 1868; Letourneau, *Bulletins de la Société d'Anthropologie*, 3.^a serie, t. II, p. 380; Topinard, *Etude sur Pierre Camper*, en la *Revue d'Anthropologie*, t. II, 1884. Véase además la graciosa rechifa que el libre-pensador Joly hace de las afirmaciones retumbantes de los antropólogos, *Craniologie ethnique; Revue scientifique*, t. V, 369; y las notables confesiones de Virchow (V. Bertrand, *Archéologie celtique et gauloise*), y de Cartailhac y Gas. Le Bon (V. *La Controverse*, 17 de Diciembre de 1881, 1.^o de Febrero de 1882), el último de los cuales escribe: "Si la Antropología actual persiste en la vía donde se ha ido à atollar, es decir, en sus investigaciones de craniología comparada, bien pronto perderá todo crédito."

Sin embargo no será aventurado admitir que pudo mezclarse alguna sangre de aquella maldecida raza con la de los pocos hombres que se salvaron del diluvio, y eso basta para poder explicar por atavismo la reaparición de algunos de sus caracteres, si es que llegan à ser auténticos, en cualquier parte del mundo. Y cuidado que no somos los primeros en recurrir à un atavismo tan remoto, pues los casos que se citan en Europa, sólo, mediante aquel, es como se pretende explicarlos (1).

No pudiéndose pues explicar esa desaparición repentina y completa, ó por de pronto, casi completa, de una raza bastante extendida por Europa, sin un cataclismo extraordinario, nos vemos forzados à recurrir al diluvio, que acaeció precisamente al mismo tiempo.

Los hombres que en el Asia se salvaron, al irse multiplicando, empezaron luego à emigrar, y algunas familias penetraron en nuestro Continente, no obstante los frios de la edad del reno. Estos hombres atrevidos debieron pertenecer à la familia de Cam, y trajeron à Europa no pocos restos de la antigua civilización del Oriente. Fueron luego viniendo otras familias, de ordinario cada vez más adelantadas; pero todos aquellos hombres, ton amigos de emigrar, debían hallarse des-

(1) Véase, entre otros, al mismo Quatrefages, *Races humaines*.

de hacía bastante tiempo separados del centro de ilustración, y por eso tuvieron que olvidar necesariamente gran parte de las industrias que allí se cultivaron. Sólo las referentes á las necesidades diarias, ó bien aquellas, cuyas materias primas se hallan siempre á la mano, pudieron conservarse en su integridad casi completa; de las demás quedaría, á lo sumo, un confuso recuerdo.

Entre tanto los miembros de la raza patriarcal, fieles á las tradiciones antiguas, y con ellos la inmensa mayoría de los descendientes de Sem y Jafet, junto con algunos de Cam, permanecían reunidos, formando un gran centro de ilustración, que conservaba religiosamente los muchos conocimientos de ciencias y artes que se habían salvado en el arca, y á la vez los iba enriqueciendo con otros nuevos y numerosos, que aquella sociedad nutrida y regenerada podía muy bien ir adquiriendo. Por otra parte, como el clima de la Armenia debió ser algún tanto duro, determinaron bien pronto abandonar las montañas y dirigirse hacia el S-E. Cuando ya se habían multiplicada bastante, y extendido por casi todos aquellos países; cuando ya se habían repetido muchísimas veces las emigraciones de algunas familias de la raza de Jafet y de la mayoría de los descendientes de Cam, la raza patriarcal, junto con todas aquellas que le permanecían fieles, entre las cuales estaba casi toda la descendencia de

Sem, dirigió sus pasos hacia la Asiria, y se estableció en las fertilísimas llanuras del Sennaar. Allí, en medio de la prosperidad y la abundancia, se multiplicaron prodigiosamente, progresaron en las artes y las ciencias, y llegaron á una civilización avanzadísima. Pero con la felicidad y con la ciencia se llenaron sus corazones de loca vanidad y pretendieron elevar aquella gigantesca torre, el mayor monumento de la soberbia humana y el eterno padrón de su ignominia.

Llenos de confusión, partieron en desorden, cada cual por su camino, y muchos de los hijos de Jafet se dirigieron hacia Europa. Pero aún debían aquí durar los fríos de la edad del reno, y no dejándoles avanzar, les forzaron á establecerse en la Iberia. Allí se multiplicaron y extendieron, y cuando se inauguró un clima dulce y benigno, vieron abiertas las puertas de Europa, y se lanzaron por los remotos países á donde iba el sol todos los días á descansar de su carrera. Pero como iban muchos, pudieron llevar numerosos restos de la floreciente civilización de Babilonia, (1) y

(1) "Más de dos mil años antes de nuestra era, escribe el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. II, p. 63 y sig.) mientras que los trogloditas europeos, dispersos por el continente: sin lazos políticos, vivían de la caza y de la pesca, la Mesopotamia, por ejemplo, nutría una población muy densa, constituida en cuerpo de sociedad, ejercitada en la cultura del suelo, hábil en el arte de edificar; testigos e sas construcciones gigantescas, cuyas ruinas, recientemente descubiertas, son para

llevaron desde luego el uso de la piedra tallada y las productoras industrias pastoriles y agrícolas.

El uso de los metales no lo pudieron traer desde un principio, porque aun cuando eran conocidos en el Oriente, las aplicaciones debían ser muy limitadas. Siendo muy pocos los que sabían fabricar instrumentos de metal, y siendo menos aún los que conocían las prácticas de la metalurgia, al errar por tantos países, en que no hallaban los minerales

nosotros motivo de admiración... Estos pueblos estaban en posesión de la escritura, y grababan los hechos de su historia en la piedra ó en los ladrillos de sus monumentos. Conocieron bien pronto el uso de los metales. Los instrumentos de sílex, hallados en las ruinas de una época más reciente, prueban que en Mesopotamia, como en Méjico, en el Japón y en otras partes, la introducción del bronce y del hierro no hizo desaparecer los instrumentos de piedra, sobre todo entre las clases pobres... Cuando la nueva escuela pretende que las antiguas civilizaciones del Oriente habían salido de un estado anterior de salvajismo, no sólo no se apoya en ningún hecho de observación positiva, sino que tiene contra sí el testimonio constante de estas mismas naciones, unánimes en su creencia en la institución divina de las sociedades humanas.,,

Que la civilización tuvo que preceder á la barbarie, es cosa creída por todo el mundo, que recuerda y celebra la edad de oro, y confirmada por todos los descubrimientos de la ciencia. No se da ejemplo de un solo pueblo que entrara en la vía de la civilización, sin la influencia de otra civilización preexistente. Pero conocemos muchos, que de un estado florecientísimo, cayeron en la más ignominiosa barbarie. Son muy dignas de consideración las reflexiones que sobre este particular hace el mencionado sabio apologista (*Lug. cit.*). Se puede ver aún con más provecho al Cardenal González, *La Biblia y la Ciencia*, t. II.

que conocían, debieron abandonar por completo el escaso uso que habían hecho del metal. Pero su conocimiento no debieron olvidarlo, y así cuando hallaron algunos yacimientos de cobre puro, no les fué difícil empezar á trabajar y construir con él varios instrumentos. Más tarde, ya fuera con el ejercicio, ya con las nuevas luces que el Oriente les enviaba, aprendieron á fabricar numerosos y variados utensilios de bronce, hasta que por fin nuevas relaciones con la madre patria hicieron que se generalizara el hierro.

Pero mientras aquí se estaba aún en plena edad neolítica, ya había civilizaciones muy florecientes en la Asiria, en Egipto, en la China y aun en la India.

